

La peculiaridad de la antropología de Leonardo Polo. El hombre como además.

Juan Assirio *

Resumen: El objetivo del presente estudio es mostrar que la propuesta del filósofo español Leonardo Polo en antropología tiene la peculiaridad de ser *dual*. En primer lugar se busca explicitar los alcances de la dualidad o dualidades humanas y la dinámica y orden de esas dualidades. Luego, se presentan sumariamente las dualidades que se ubican en la dimensión personal (co-existencia-libertad y conocer personal-amar personal) y en la dimensión esencial (inteligencia-voluntad). Se ha tenido como criterio ir de lo superior a lo inferior ya que, según Polo, es el orden más adecuado. Entre unas dualidades y las otras, se da noticia también, de los hábitos innatos de las dualidades: el hábito innato de *sabiduría*, el hábito innato de los *primeros principios* y el hábito innato de la *sindéresis*.

Palabras clave: Antropología filosófica, Polo, ser dual, dimensión personal, dimensión esencial, hábitos innatos

Abstract: This paper wants to demonstrate that the anthropological proposal of Spanish Philosopher Leonardo Polo has the peculiarity of being *dual*. First it explains the scope of human duality or dualities and the arrangement of these dualities. Then it presents a summary of the dualities that are part of the personal dimension (co-existence-freedom and personal knowledge-personal love) and the essential dimension (intelligence-will). The criterion has been to go from superior to inferior because, according to Polo, it is more appropriate. Within the first dualities and the second, it explains the innate habits of these dualities: wisdom, the first principles and synderesis.

Keywords: Philosophical Anthropology, Polo, dual being, personal dimension, essential dimension, innate habits

* jassirio@austral.edu.ar

Universidad Austral, Argentina

a) *El carácter dual de la persona humana*

La exposición que Polo hace del *carácter de además* en *Antropología trascendental* I se apoya en “una peculiaridad observable en el hombre, a la que, como he indicado, conviene llamar dualidad” (Polo, pág. 176). Polo sostiene tal afirmación indicando que “el hombre no es una realidad simple, sino como se puede observar, compleja”. Indica que tal complejidad debe enfrentarse con el criterio de dualidad. Y a continuación ejemplifica: “Los aspectos duales del hombre son muy abundantes. Por ejemplo, acto de ser y esencia; cuerpo y alma; voluntad e inteligencia; interioridad y exterioridad; operación y objeto; hábito y operación; hábitos innatos y adquiridos; sociedad e individuo; hombre y mujer”. Si la realidad humana es dual, también lo serán las ciencias humanas que la tienen por objeto: “Así pues, lo humano se organiza según dualidades. Y, paralelamente, las ciencias humanas son, a fin de cuentas, temáticamente duales. La complejidad del hombre no se resuelve en elementos simples, sino en dualidades” (Polo, pág. 177).

Una segunda observación se apoya en la radicalidad de la persona. Para Polo una persona única, sola, es un tragedia antropológica. Tal afirmación tiene su base en considerar tal radicalidad: que la persona es dual. La persona solitaria estaría condenada a carecer de réplica. “La réplica alude a una dualidad que una persona aislada no es capaz de procurarse (en este sentido *co-existir* requiere un segundo *con: co-existir-con*). Una persona abierta exclusivamente a lo no personal sólo contaría con lo inferior a ella. Para la persona, lo inferior a ella es menos digno” (Polo, pág. 177).

Ahora bien, ¿sería posible que esa réplica sea su esencia? Polo responde sencillamente que no, ya que la esencia humana no es persona. Ciertamente, la dualidad acto de ser personal-esencia personal es de las más altas. Pero existe otra: la dualidad persona-réplica, por lo que la réplica debe buscarse entre seres personales distintos. Consecuentemente: “la dualidad de la persona con su propia esencia comporta distinción real, es decir, de rango. Por tanto, la esencia del hombre no es la réplica de la persona humana. El hombre se encuentra en su esencia de modo dispositivo. Se dispone según la propia esencia, pero no según las esencias de personas distintas” (Polo, pág. 178). En suma, se dispone *según* la esencia humana, pero no se debe disponer *de* la esencia humana.

También sugiere Polo la posibilidad de que la réplica se dé en la naturaleza humana. A tal planteamiento responde indicando que las propuestas de ese tipo terminan “en un peculiar individualismo, porque considera lo genérico como autorrealización de cada hombre. Según otras formas de individualismo, cada uno es autosuficiente porque se hace a sí mismo o porque consigue el

éxito en la vida” (Polo, pág. 178)¹. Polo concluye reflexionando sobre la imposibilidad de que una cosa natural, aunque buena, corresponda al amor dirigido hacia ella. En cambio, en el terreno estrictamente personal, el trascendental es el amar, más que el bien que se ama. En efecto, si bien es cierto que Dios es el sumo bien, ese bien es personal. Dios es una persona. Del mismo modo, la intelección humana es trascendental si la verdad se contempla como persona. Por eso, “el conocimiento operativo es intencionalmente verdadero sin llegar a la verdad trascendental; al conmensurarse con el objeto, remite intencionalmente a la cosa, pero no a la persona” (pág. 179).

b) Prerrogativas de las dualidades humanas

Leonardo Polo descubre el orden en las dualidades humanas. Se ha embarcado en esta tarea porque considera que “el estudio de las dualidades es un modo de acercarse al carácter de *además*. *Además* es un adverbio. La alusión a las dualidades humanas destaca que es un puro sobrar” (Polo, pág. 184). Para ello, propone una serie de descripciones, o condiciones o normas, de las dualidades. A continuación se revisarán las prerrogativas que Polo observa en las dualidades.

En primer lugar: las dualidades son ascendentes y jerárquicas. Con sus palabras: “entender las dualidades en sentido ascendente quiere decir que sus dos miembros son distintos en tanto que uno de ellos es superior al otro, por lo cual no se agota en ese respecto dual, sino que se abre a una nueva dualidad, en la que es el miembro inferior” (Polo, pág. 179). Asumir la jerarquía de las dualidades supone renunciar a la unidad en antropología. “El tema de la unidad es siempre prematuro en antropología”, dice Polo (pág. 175). Intentar unificar las dualidades anularía la posibilidad de ascender con nuevas dualidades. Dice Polo (pág. 175): “Amputar la dirección ascendente de las dualidades humanas es una forma de reduccionismo”.

A su vez, los miembros de las dualidades no deben considerarse como complementarios por entero, ya que no son exclusivamente autorrespectivos. En efecto, Polo concibe una jerarquía de dualidades en donde el miembro superior se abre a otras dualidades aún superiores. “Así, por ejemplo, cuerpo-alma es una dualidad cuyos miembros no son del mismo rango, pues el alma es superior al cuerpo. Por tanto, el alma no es sólo dual respecto del cuerpo, sino que se abre a otra dualidad” (). Así, se establece un encadenamiento de dualidades en donde, el miembro superior evidencia su carácter sobrante; que es una clara indicación del carácter de *además*.

¹ Se refiere a planteamientos de corte colectivistas, como el marxismo.

Asimismo, Polo procura distinguir el carácter ‘dual’ de la persona del ‘dualismo’ antropológico. El argumento que propone es el siguiente: para que lo dual sea dualista, los miembros de cada dualidad deben ser aceptados como uno. Y lo uno es lo supuesto. Pero, si no se acepta la suposición, es decir, no se parte de la diferencia, sino de la distinción, los miembros de la dualidad se distinguen sin agotarse en dicha dualidad. Polo vuelve a poner como ejemplo la dualidad cuerpo-alma: “Al interpretar lo dual como dicotómico se entiende como secundario respecto de la unidad. Ante todo, porque cada uno de los términos tendría que ser uno, por lo que estaría supuesto. Por ejemplo, si cuerpo y alma se suponen, se formula una tesis dualista. Pero si no se suponen, el alma no es una cosa diferente del cuerpo, sino distinta en dualidad con él y sin agotarse en dicha dualidad” (Polo, pág. 176).

Dicho esto, Polo advierte que la aludida superabundancia de dualidades reside en que no son unívocas: esto es, que la distinción entre los dos miembros de una dualidad no es la misma en las distintas dualidades. Tampoco son análogas, ya que hay novedad en los miembros superiores de cada dualidad y, por tanto, no puede decirse que sean causa de los miembros inferiores ni causados por ellos. Tampoco debe aceptarse que las dualidades sean equívocas, y esto por dos razones: porque la distinción real entre el ser de la persona y su esencia tampoco es equívoca; y porque el carácter de *además* tampoco es equívoco con la presencia mental. Es decir, las dualidades trascendentales se convierten; en cambio las dualidades esenciales, carecen de conversión².

Polo presta atención, ahora, a las dualidades esenciales. De las trascendentales se ocupará más adelante. Asumiendo que las dualidades esenciales son jerárquicas o ascendentes, el autor sostiene que también sus miembros deben ser “coherentes, conformes o concordes” (Polo, pág. 178). En efecto, la coherencia es el modo que encuentra Polo para comprender la relación entre los miembros de las dualidades esenciales, y evitar la complementariedad, ya que la complementariedad “impediría que el (miembro) superior se dualizase con un nuevo miembro superior, (y) a su vez, a él” (pág. 178)³.

La coherencia de las dualidades esenciales pone de manifiesto “un particular sentido descendente, según el cual se dice que son concordes” (Polo, pág. 178). Esto quiere decir que “en

² Respecto de las dualidades esenciales, aclara: “En lo que respecta a las dualidades esenciales, conviene señalar lo siguiente: en primer lugar, es de destacar justamente que no se convierten. En segundo lugar, que son ascendentes; por eso indican el carácter de además. En tercer lugar, que entre sus dos miembros no se da la relación causa-efecto, la cual pertenece a la esencia extramental, con la que –como se ha dicho– no se debe confundir la esencia del hombre. Los dos miembros de cada dualidad no son concausales; en especial, el miembro superior no es la causa final del miembro inferior” (Polo, *Antropología trascendental I*, 1999, pág. 177).

³ En nota a pie de página n°184, Polo ejemplifica la coherencia: “La commensuración de la operación cognoscitiva y el objeto es un señalado ejemplo de coherencia. Otro ejemplo de coherencia es la que llamaré tipológica, que es estudiada por la sociología, y es válida también para la dualidad hombre-mujer.”

cuanto que el miembro superior es dual con otro superior a él, su dualidad con el miembro inferior se incrementa y, por consiguiente, repercute en él” (Polo, pág. 178)⁴. En estas observaciones, Polo deja ver la tremenda complejidad temática que brota del estudio de la esencia humana, que él llama según su método, cuarta dimensión del abandono del límite.

Como se ha indicado, el estudio de las dualidades, tanto las esenciales como las personales, facilita la comprensión del carácter de *además* de la persona humana. El carácter sobrante del miembro superior de las dualidades, revela a la persona como un puro sobrar. La tercera dimensión del abandono del límite mental alcanza la co-existencia personal, y por tanto, sus trascendentales que son convertibles. La cuarta dimensión, como se acaba de decir, permite acceder a la esencia humana, en un riquísimo entramado de dualidades jerarquizadas ascendentemente.

c) *Las dualidades trascendentales*

Conviene insistir en el tema de la dualidad en el hombre, ya que la clave de la propuesta poliana estriba en un planteamiento dual (Sellés). Lo que se quiere indicar es que el hombre es un ser complejo, ya que todas sus dimensiones son duales (Piá, pág. 146). Polo sostiene que la vida humana se organiza según dualidades (Polo, págs. 157-160) porque el hombre es una realidad compleja (Polo & Llano). Sellés puntualiza cómo ese carácter dual se aprecia en las diferentes dimensiones del hombre⁵. Las fuentes polianas pueden encontrarse en *La coexistencia del hombre* (1991) y en *El acceso al ser* (1964).

La dualidad del hombre es incompatible con la Identidad. La dualidad no es la Identidad, ya que la Identidad es Originaria o no es Identidad. El hombre es un ser que comienza a ser, y, por tanto, no puede ser originario. El ‘*co*’ de la coexistencia del hombre es el carácter distintivo del hombre respecto del universo físico y de Dios⁶. La complejidad del hombre se manifiesta en sus dualidades. Ni la

⁴ En nota a pie de página n° 185, Polo ejemplifica la concordia: “Los hábitos adquiridos son coherentes con las operaciones porque las iluminan; pero, asimismo, son concordantes con ellas al ser inferiores a la *sindéresis*”.

⁵ “La clave del enfoque antropológico poliano reside en el planteamiento dual. En efecto, el hombre está conformado por un cúmulo de dualidades jerárquicas entre sí, y ello tanto en la esencia humana (objetos-actos, actos-hábitos, hábitos-virtudes, razón teórica-razón práctica, razón-voluntad, potencias superiores-alma, *sindéresis*, o ápice de la esencia, etc.) como en los radicales personales del acto de ser del hombre (co-existencia-libertad, conocer-amar personal). A la par, esa jerarquía real de corte dual debe entenderse en el sentido de que el miembro inferior está al servicio del superior y es inexplicable sin él, y que éste favorece al inferior y se dualiza a la vez con otro superior. De ese modo no se cede a un planteamiento analítico y, por tanto, reductivo por excluyente, sino a otro de cariz sistémico (en absoluto sincretista), por ofrecer sus descubrimientos jerárquicamente ordenados. Como Polo es netamente cristiano, también admite que la última palabra para explicar las profundidades del ser humano es precisamente la Palabra, esto es, su clave radica en vincular la antropología con la Cristología. Intentaremos seguir sus propuestas a lo largo de las lecciones que siguen”. (Sellés, *Antropología para inconformes*, 2006, pág. 128)

⁶ Solo Dios es simple. Aristóteles lo indicó con la expresión “acto puro”. La filosofía escolástica lo describió como ese ser en el cual no cabe distinción real entre *essentia* y *actus essendi*. Cfr. TOMÁS DE AQUINO, S. *Theol.*, I ps., q. 3, aa. 1-8. Esta y varias de las siguientes observaciones las he tomado de (Sellés, *Las dualidades de la educación*, 2007)

actividad persistente, propia de la creatura cósmica, ni la Originaria, propia de la deidad, son duales. Así, lo propio de la persistencia es la sencillez. Lo propio del Origen, es la simplicidad.

Polo, coherente con su planteamiento general, aborda la cuestión de la identidad distinguiendo un sentido metafísico y otro antropológico de la cuestión. “El ser creado principal –la persistencia– es el principio de no contradicción. El principio primerísimo, que no se debe mezclar con el principio de no contradicción, es la Identidad Originaria” (Polo, 1999, pág. 187). Hablar de Identidad en antropología es siempre prematuro. Por ello, propone profundizar en las dualidades hasta alcanzar la dualidad radical en el hombre. “La dualidad juega como criterio conductor que prohíbe hablar de Identidad a partir de las dualidades inferiores a la radical” (Polo, 1999, pág. 187). La pregunta por la dualidad radical se justifica para incluir el tema de la identidad en el nivel dual correcto. Polo sale a la búsqueda de la dualidad radical o superior para poder abordar el tema de la identidad, que es el tema de Dios. No está dispuesto a dejar a Dios de lado en su propuesta antropológica. Sin embargo, se cuida de que tal consideración sea oportuna, para que la investigación no se afloje o ‘destense’⁷.

En rigor, más que hablar de una dualidad radical, debe hablarse de dualidades. Sobre todo, si se aborda lo radical. Las dualidades radicales son las dualidades del acto de ser personal humano. Estas se deben distinguir de las dualidades propias de la esencia del hombre. La distinción real entre ser y esencia es la dualidad clásica, que explica el carácter creado del hombre. En efecto, el hombre no es solamente un ser arrojado a la existencia o una esencia solitaria. El hombre es por su ser y no cesa. Ese no cesar no proviene de su esencia, sino de Dios, que sigue dándole el ser.

Pues bien, para Polo existe una distinción aún más radical que la distinción clásica entre *essentia* y *esse*. Polo asume tal distinción, la supone y se dispone a ampliarla. Su propuesta es una profundización o ampliación de tal distinción. La criatura se distingue de Dios, claro está, por ser compuesta de ser y esencia, pues en Dios no hay composición como en la criatura, ya que Dios es Identidad. Pero en el caso de la persona humana existen dualidades más radicales que componen su intimidad: los cuatro trascendentales personales.

Más aún, gracias a sus hábitos superiores de los cuales se hablará más abajo, la persona se dualiza con Dios, con los demás y con el mundo. Si se tiene en cuenta la revelación cristiana, hay que afirmar que en Dios las tres Personas son relaciones subsistentes de su Ser en Identidad. En cambio, desde la

⁷ “Anticipar el tratamiento filosófico de Dios es desaconsejable. Dios es el gran acicate de la investigación filosófica: en filosofía no se puede prescindir de Dios, pues en ese caso la investigación se destensa. Precisamente por eso, la noción de Dios no se debe sacar a relucir inoportunamente, sobre todo en antropología, porque entonces se desvirtúa”. (Polo, Antropología trascendental I, 1999, pág. 178)

antropología trascendental hay que decir que en el hombre las relaciones trascendentales (gracias a los hábitos superiores) brotan de su ser personal. Esto lo hace ser *inidéntico* como todas las criaturas: sin identidad. Su acto de ser es *co-ser* o *ser-con* y posee hábitos. Éstos últimos le abren hacia dentro y hacia fuera. No es como la criatura física. Por ello es *además, co-existe* libremente. Los hábitos superiores referidos muestran el inagotable ser *además* de la persona humana. La dualidad trascendental manifiesta descendentemente el desbordarse de su actividad existencial. Ser siempre más o *co-ser* abierto a Dios, a los demás y al mundo.

El hecho de que el acto de ser personal humano este conformado por dualidades trascendentales (Sellés, El carácter futurizante del entendimiento agente según Leonardo Polo, 2003)⁸, inseparables entre sí e irreductibles unas a otras, es el hecho más concluyente de la condición dual del hombre. Pero, ¿cuáles son, en concreto, esas dualidades? Tales dualidades son, de un lado, *la apertura interior* conformada por la dualidad entre la *coexistencia* y la *libertad*. De otro lado, *la apertura hacia dentro*, conformada por la dualidad entre el *conocer* personal y el *amar* personal. Así lo indica Polo: junto con la coexistencia “los demás trascendentales personales son éstos: el intelecto (no una pluralidad de intelectos, sino la dualidad del *intellectus ut co-actus* con su tema), el amar donal (no una pluralidad de donantes, sino la dualidad de amar y aceptar) y la libertad (no una pluralidad de libertades, sino la dualidad de libertad nativa y de destinación)” (Polo, 1999, pág. 151).

En efecto, la coexistencia se dualiza como apertura hacia fuera y apertura interna. Por su parte, la libertad se dualiza como libertad nativa y libertad de destinación. En el conocer personal la dualidad se evidencia en la advertencia de ausencia de réplica y búsqueda de réplica. Por último, en el caso del amar personal, la dualidad se estructura en el aceptar y el dar.

d) Las dualidades de los hábitos innatos

Como nexo de unión entre la esencia y su núcleo íntimo, la persona cuenta con unos instrumentos nativos de naturaleza habitual. Estos hábitos innatos son desarrollables por la persona. Polo enumera tres, que de inferior a superior son: el *hábito de la sindéresis*, el *hábito de los primeros principios* y el *hábito de la sabiduría*.

Estas realidades humanas, no muy estudiadas en la historia de la filosofía, son hábitos que median entre el acto de ser humano y la esencia del hombre. Son los instrumentos cognoscitivos con

⁸ Ver también, “La antropología trascendental de Leonardo Polo. Las dualidades superiores de la persona humana”, *La Antropología trascendental de Leonardo Polo, II Conversaciones*, Madrid, Aedos, 2009.

los que cuenta la persona para conocerse a sí y para abrirse coexistencialmente a otras realidades. Se describirán a continuación, comenzando por la sabiduría.

La *sabiduría* es el hábito mediante el cual la persona humana llega a conocer en cierto modo quién es. Así conoce que es distinta de las demás personas. Por este hábito innato cada persona descubre la novedad inaudita que ella es, sin precedentes ni consecuentes. Es el hábito por el cual la persona va descubriendo, libremente si así lo desea, cual es el sentido personal de su propia existencia. Este hábito alcanza a conocer el sentido personal, pero nunca por entero. ¿Por qué no, por entero? Sencillamente porque este hábito es inferior a la persona. No es la persona⁹. Al estar abierta a la propia intimidad y ésta co-existe con otros seres personales, tanto creados e increados. Por tanto, la sabiduría posibilita el conocimiento de la intimidad de otros seres personales.

Ahora bien, la progresiva activación de dicho hábito, depende de cada persona. Este dato es importante, ya que indica que la sabiduría se vincula con el acto de ser personal, es decir, con los trascendentales personales. Por tanto, como cada persona es distinta, y, en consecuencia, irreductible, carece de sentido vincular a la sabiduría con la naturaleza o con la esencia humanas. La sabiduría es el hábito de lo novedoso y distinto de cada quien; la naturaleza y la esencia es común a todos los hombres.

Por su parte el *hábito de los primeros principios* es la apertura cognoscitiva innata con la que cada persona cuenta para conocer las realidades externas (Sellés, El carácter distintivo del hábito de los primeros principios, 2004; 2005); (Sellés, Sobre el sujeto y el tema del hábito de los primeros principios, 2005). Es el hábito innato que advierte los fundamentos del orden real extramental. Estos principios existen más allá y con independencia de ella. La persona puede conocerlos, pero, sin embargo, no puede interferir en el ser de tales realidades extramentales. En efecto, por este hábito la persona percibe la existencia del universo y de su Creador; conoce que el modo de existencia del ser del universo es la *persistencia* y que el ser del creador es *Originario*. Más aún, que la razón del modo de existir de uno y otro está en manos del Creador, del Origen.

Adviértase que, si bien el hábito de los primeros principios conoce las realidades principales, no por ello tiene a su alcance manipularlas. Dichas realidades son superiores al propio hábito que las conoce. En efecto, este hábito se dualiza con sus temas propios. A saber: el ser del universo y el ser divino. Sus temas dependen uno del otro, creaturalmente. Además, como es obvio, este hábito se

⁹ Sobre el hábito innato de sabiduría JUAN FERNANDO SELLÉS ha investigado y escrito abundantemente. Cfr. “El hábito de sabiduría según Leonardo Polo”, *Studia Poliana*, 3 (2001) 73-102; “El origen y el lugar del hábito de sabiduría. Su estudio según Tomás de Aquino”, *Rivista di Filosofia Neo-scolastica*, XCVI/1 (2004) 51-64.

subordina al hábito de sabiduría, que es su inmediato superior. Y es interesante comprender por qué: los actos de ser del universo físico y divino son necesarios. En cambio, el acto de ser de la persona humana es libre, y por tanto, superior. A este acto se llega por el hábito de sabiduría, como ya se ha dicho. Por tanto, la sabiduría es superior al hábito de los primeros principios. Lo que precede no significa que el acto de ser personal humano, por libre, sea superior *simpliciter* al acto de ser divino, puesto que también se puede conocer naturalmente al ser divino como pluripersonal y libre, pero en un nivel noético humano superior al hábito de los primeros principios, el cual conoce a Dios como acto de ser necesario y no personal.

A diferencia de la sabiduría este hábito si se vincula con la esencia. Lo hace por medio del hábito de la sindéresis. Sin embargo, la sindéresis es inferior al hábito de los primeros principios. Como se verá inmediatamente, la sindéresis no se ocupa de conocer ningún acto de ser, como sí lo hacen los dos hábitos comentados hasta el momento. En efecto, la sindéresis se ocupa de la esencia humana. En cambio, la sabiduría se ocupa del acto de ser personal; y el hábito de los primeros principios, de los actos de ser extramentales. Por tanto, la sindéresis es inferior a ambos, ya que su tema no es un acto, sino una esencia, la humana.

Corresponde ahora indagar sobre el hábito de la sindéresis. Como tal hábito se encuentra estrechamente vinculado a la esencia humana se incluirá en el siguiente apartado, dedicado a las dualidades esenciales.

e) *Las dualidades esenciales*

Corresponde, ahora, el estudio de las dualidades esenciales. La distinción real clásica entre acto de ser y esencia, en el campo de la antropología Polo la toma como equivalente a la distinción entre la persona y aquello de lo que la persona dispone¹⁰. Resulta particularmente interesante hacer esta distinción, ya que es notorio que no todo en el hombre está en el mismo plano ni vale lo mismo.

Polo se hace cargo de esa complejidad y distingue las diversas dimensiones a las que ya se ha aludido aquí. La inferior a todas ellas es la *naturaleza* humana, que es la dotación biológica que hemos recibido de nuestros padres. La superior a todas ellas es la *persona* humana o acto de ser personal, que es lo irreductible. Es el espíritu o intimidad. Polo lo llama vida personal. Entre la naturaleza y el ser personal se encuentra la *esencia* del hombre, que es aquello que cada persona añade a lo que tiene a su disposición. Polo la llama vida añadida, ya que a través de ella la persona puede hacer crecer su

¹⁰ Un antecedente, puede encontrarse, por ejemplo en GABRIEL MARCEL, que distingue entre *ser* y *tener*. Cfr. MARCEL, G., *Être et avoir*, Paris, Philosophie européenne, Aubier-Montaigne, 1991.

naturaleza y desarrollar su esencia. La primera de modo limitado, la segunda de modo irrestricto. A las dualidades de la esencia se dedicarán los siguientes párrafos.

La esencia es el ámbito del *disponer* en su relación con el acto de ser personal. Profundizar en esta temática supone examinar las manifestaciones, ya que disponer y manifestar significan lo mismo (Polo, La libertad trascendental). En efecto, Polo denomina a la esencia el *disponer*, que es el término que mejor expresa el carácter manifestativo de la persona. Como ya ha quedado mostrado, no es posible identificar el acto de ser personal con la esencia de la persona. Coherentemente con ello, es necesario distinguir entre el *quien* que dispone, que es la persona, del *disponer*¹¹. En efecto, la persona se manifiesta a través de su esencia; y esto debido al carácter abierto de su intimidad. La persona se manifiesta al actuar, y lo hace según su modo particular de ser, es decir, según su esencia. A diferencia de los ángeles, ningún hombre agota su especie. De hacerlo, el hombre no *tendría* esencia, sino que la *sería* (Polo, La libertad trascendental, 2006). Se hace esta indicación para resaltar la carencia de réplica a la que se ha aludido antes. En efecto, que la persona *tenga* esencia, evidencia que la esencia no es su réplica. De acuerdo con el carácter dual del hombre, la persona siempre es más que su manifestación.

El carácter manifestativo de la persona tiene que ver con aquello con lo que dispone: lo disponible. Entonces, ¿de qué dispone la persona? Dispone *según* su naturaleza, individualizada en cada ser humano. Y ¿cuál es el modo de disponer? Es diverso en cada persona ya que cada persona dispone *según* cada una es, es decir, de modo novedoso. El modo de disponer según lo disponible es manifestativo de la novedad que cada quien es. Si bien todos los hombres tienen la misma naturaleza, no la tienen del mismo modo. Tampoco la esencia humana es matizada por igual en los hombres. A eso obedece el que Polo indique que cada quien configure una tipología distinta. Cada persona es irreductible.

Ahora bien, del mismo modo en que a nivel trascendental se han descrito dualidades, se intentará hacer lo mismo, en la dimensión esencial. Por tanto, ¿cuáles son las dualidades esenciales? Las dualidades esenciales son múltiples y de superior a inferior son las siguientes: el hábito de la sindéresis, al que Polo llama ‘yo’, que es ápice la esencia humana y que es dual. Debajo de ella, Polo ubica a las facultades de la voluntad y de la inteligencia.

El hábito de la *sindéresis* o yo es lo más alto de la esencia humana (Sellés, 2003). La sindéresis es la apertura de cada persona a su esencia y su naturaleza. Eso significa que, a través del este hábito la

¹¹ “La palabra disponer se puede aplicar en dos sentidos. La esencia humana es un disponer *respecto* de lo disponible, y es un disponer *de* lo disponible”. Introducción de CASTILLA, G., *La esencia humana*, 14.

persona se abre a sus facultades superiores de la inteligencia y la voluntad y a todas sus facultades y capacidades corporales. Este hábito no *es* la persona, sino *algo* de la persona. Y esto por la siguiente razón: cada persona puede conocer su yo. Sin embargo, tal conocimiento no le dice quién es como persona, entre otras cosas porque “el yo pensado no piensa”. O dicho de otro modo: el conocimiento que cada persona tiene de su yo es una detención del pensamiento. El yo que cada persona puede conocer de sí misma es un yo detenido, objetivado. El yo conocido no es el yo real, porque el yo conocido no piensa, y por tanto, no es personal¹².

El yo se configura como el vínculo de unión entre la persona y las facultades superiores del hombre. En efecto, activa dichas facultades, aunque no lo haga del mismo modo con ambas, ni con la misma intensidad. Pero ¿por qué debe activarlas? La razón es que, nativamente, dichas facultades son, al decir de Aristóteles, *tabula rasa*. Es decir, pura pasividad. El yo activa cada facultad a través de diversas dimensiones suyas, que son jerárquicamente diversas. Para activar la voluntad hace falta más acto que para activar la inteligencia, ya que esta última es más autónoma que la voluntad, que fácilmente deja de querer (Polo, Antropología trascendental I, 1999) (Polo, Antropología Trascendental II, 2003).

Concierne, ahora abordar la *voluntad*, que Polo reconoce como la facultad superior de la esencia humana, aunque no en estado de naturaleza sino en su progresiva activación. Su tema es el bien, comprendido irrestrictamente¹³. Esta facultad se vincula con el yo, que la activa y es superior a ella. Con la voluntad se dualiza la función práctica de la inteligencia, que es inferior a ella (Sellés, La virtud de la prudencia según Tomás de Aquino, 1999)¹⁴. Polo retoma otras dualidades advertidas por la tradición medieval: *voluntas ut natura-voluntas ut ratio* (Alvira, 1985), por una parte, y voluntad de fin-voluntad de medios, por otra. Sin embargo, la dualidad básica de la voluntad es la de sus actos con sus virtudes. Y aún más, las dualidades conformadas por sus virtudes entre sí.

¹² “En claro contraste con el idealismo especulativo, el criterio existencial establece que la verdad de la existencia humana no es la conciencia, ni es susceptible de ocupar el lugar de objeto, o que con la conciencia no cabe establecer ningún nexo para el encuentro de la existencia. Al menos es obvio que *si yo puedo pensar que pienso, no puedo transformar el pensar en pensado*. Mejor dicho, *yo puedo hacer de mi pensar un objeto de mi pensar, pero no como pensar existente, sino como pensar pensado*. En rigor, el “yo pienso” pensado carece de lo que se llama yo: el yo pensado no piensa”. Hegel, 174 (la cursiva es mía).

¹³ Tanto para las dualidades de la voluntad como para las de la inteligencia ha sido de gran ayuda el estudio de J.F. SELLÉS “Las operaciones inmanentes del conocer y del querer”, *Anuario Filosófico*, 27/2 (1994) 699-718; En relación con los hábitos de la inteligencia y las virtudes de la voluntad, tema por demás interesante, resulta esclarecedora la lectura del mismo autor, para comprender el planteo poliano al respecto: *Los hábitos adquiridos. Las virtudes de la inteligencia y de la voluntad según Tomás de Aquino*, Cuadernos de Anuario Filosófico, N° 118, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2000.

¹⁴ Véase como Leonardo Polo, en La voluntad y sus actos (II), plantea que la justicia y la amistad es superior a la prudencia, que es la virtud que modera la función práctica de la inteligencia, que dualiza con la voluntad. Por ejemplo: “la virtud de la justicia es superior a la virtud de la prudencia, a la que eleva a su propio nivel en tanto que los intercambios y las distribuciones implican medios” (p. 38).

En último lugar corresponde exponer sumariamente las dualidades de la *inteligencia*. La inteligencia es la facultad inferior de la esencia humana, inferior a la voluntad. Por supuesto, también es pasiva *a nativitate*, pero es más fácilmente activable, por un lado, porque es cognoscitiva, traslúcida, y su objeto, la verdad, también lo es, por otro, porque posee múltiples vías de activación, a diferencia de la voluntad que debe aunar todos sus querer en orden alcanzar un único fin, el último. En la tradición clásica, sobre todo en la medieval, se indicaron multitud de dualidades: razón teórica-razón práctica, entendimiento posible-entendimiento agente, razón-intelecto, etc. También es posible indagar las dualidades básicas en la inteligencia: acto-hábito u objeto-operación. Por último, es posible encontrar dualidades entre los actos de la inteligencia con los actos de la voluntad.

Resta hacer una aclaración respecto de la dimensión biológica de la persona, es decir, sobre la *vida recibida*. La naturaleza humana se dualiza con la esencia y es su miembro inferior. A diferencia del acto de ser personal y de la esencia, como de sus hábitos innatos, lo que caracteriza a la naturaleza es que los diversos elementos que la constituyen no se dualizan entre sí. Dicho de otro modo: no se vinculan conformando dualidades, aunque hay clara jerarquía entre ellos. Lo propio de la conformación de la naturaleza humana es la sincronía entre todos esos elementos. Las funciones y facultades son múltiples pero forman una unidad en un complejo entramado.

f) Síntesis

A lo largo del estudio se ha querido mostrar cómo la existencia de dualidades en las diversas dimensiones de la persona evidencian el carácter de *además* de la persona humana. Se ha puesto especial interés en las dualidades del acto de ser personal y de la esencia humana.

El hombre es un existente, existe. Pero no basta con ello para comprender su modo de ser. Conviene decir que co-existe. El ser humano no puede ser en solitario, debe co-ser. Pero ¿con qué ser? Al decir que el hombre es coexistencia se quiere indicar que el co-ser del hombre amplía el existir. No debe entenderse en el sentido de que el hombre se reduce a aquello con lo que coexiste ya que el ser del universo no alude a la co-existencia. Con el nombre de coexistencia se distingue el modo de ser propiamente humano del propio del universo. Es una ampliación de la consideración metafísica clásica, en particular, en antropología. El ser humano no es una realidad simple, sino compleja; y esa complejidad puede organizarse con el criterio de dualidad propuesto por Polo y que aquí hemos expuesto: “cuerpo y alma, voluntad e inteligencia, interioridad y medio externo, sujeto y objeto, individuo y sociedad... son algunas dimensiones humanas en las que se puede apreciar la dualidad”.

Bibliografía

- Alvira, T. (1985). *Naturaleza y libertad. Estudio de los conceptos tomistas de voluntas ut natura y voluntas ut ratio*. Pamplona: Eunsa.
- Aquino, T. d. (s.f.). *Summa Theologica*.
- Piá, S. (s.f.). *El hombre como ser dual*.
- Polo, L. (1964). *El acceso al ser*. Pamplona: Universidad de Navarra.
- Polo, L. (1991). La coexistencia del hombre. En R. Alvira (Ed.), *El hombre: inmanencia y trascendencia* (Vol. 1). Pamplona: Universidad de Navarra.
- Polo, L. (1999). *Antropología trascendental I*. Pamplona: EUNSA.
- Polo, L. (2003). *Antropología Trascendental II* (Vol. 2). Pamplona: Eunsa.
- Polo, L. (2006). *La libertad trascendental*. Universidad de Navarra.
- Polo, L. (s.f.). *La libertad trascendental*.
- Polo, L., & Llano, C. (s.f.). *Antropología de la acción directiva*.
- Sellés, J. F. (1999). La virtud de la prudencia según Tomás de Aquino. *Cuadernos de Anuario Filosófico*(118). Universidad de Navarra.
- Sellés, J. F. (2003). El carácter futurizante del entendimiento agente según Leonardo Polo. En *Futurizar el presente. Libro homenaje a Leonardo Polo*. (págs. 303-328). Málaga: Universidad de Málaga.
- Sellés, J. F. (2003). La sindéresis o razón natural como la apertura cognoscitiva de la persona humana a su propia naturaleza. Una propuesta desde Tomás de Aquino. *Revista Española de Filosofía Medieval*(10), 321-333.
- Sellés, J. F. (2004; 2005). El carácter distintivo del hábito de los primeros principios. *Tópicos*(26; 34), 197-212.
- Sellés, J. F. (2005). *Sobre el sujeto y el tema del hábito de los primeros principios*. Obtenido de Miscelanea Poliana: <http://lenardopolo.net>
- Sellés, J. F. (2006). *Antropología para inconformes*. Rialp.
- Sellés, J. F. (2007). Las dualidades de la educación. *Educación y Educadores*, 135-160.